



«**Q**ue venga hasta mí, Señor, tu amor y tu salvación, según tu promesa»

Salmo 118, 41

«Es necesario que hoy me aloje en tu casa»

Jesús entró en **Jerico** e iba atravesando la ciudad. En esto, un hombre llamado Zaqueo, **jefe de publicanos** y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy tengo que **alojarme** en tu casa». Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador». Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces más». Jesús le dijo: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido»

Lc 19,1-10

Jerico

Es la primera ciudad que Dios libera para el pueblo de Israel a su llegada a Canaán. Dios ordena a su pueblo que cada día haga una vuelta alrededor, durante seis días, hasta que a la séptima vez, el séptimo día, los muros caen (Jos 6). El episodio se desarrolla justo después de la Pascua y el número 7 nos remite a los siete días de la creación. Al situarse en esta ciudad, podemos entender el encuentro de Jesús con Zaqueo como una nueva creación: pasar del pecado y la muerte al perdón y la vida.

Jefe de publicanos

Zaqueo trabaja al servicio de la ocupación romana, como recaudador de impuestos; por eso nadie quería relacionarse con él.

Alojarme

El sentido de este verbo es muy profundo, pues en el Antiguo Testamento, Israel, primero nómada y después en el exilio, nunca experimentó lo que era tener una morada propia. Por eso era un pueblo que soñaba poseer un lugar suyo, donde descansar de las fatigas del desierto. Tener una morada fue hasta Jesús el ideal siempre esperado y nunca conseguido, pues sólo podía ser alcanzado en Dios. Toda la Biblia nos muestra que Dios, en Jesucristo, ha venido a establecer su morada en medio de los hombres. Esto es lo que cada año celebramos en la fiesta de la Navidad.



Gustar la Palabra

Un publicano tenía muy mala fama. Difícilmente habríamos podido hacerle un elogio. Con Jesús, no es así. Desde que vio a Zaqueo, fijó su mirada en él y se alojó en su casa. «Lo que estaba perdido», lo que necesita ser curado, es lo que provoca su amor y su perdón.

Génesis

El Señor se apareció a Abrahán junto a la encina de Mambré, mientras él estaba sentado a la puerta de la tienda, en lo más caluroso del día. Alzó la vista y vio tres hombres frente a él. Al verlos, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda, se postró en tierra y dijo: «Señor mío, si he alcanzado tu favor, no pases de largo junto a tu siervo. Haré que traigan agua para que os lavéis los pies y descanséis junto al árbol. Mientras, traeré un bocado de pan para que recobréis fuerzas antes de seguir, ya que habéis pasado junto a la casa de vuestro siervo». Contestaron: «Bien, haz lo que dices».

Abrahán entró corriendo en la tienda donde estaba Sara y le dijo: «Aprisa, prepara tres

cuartillos de flor de harina, amásalos y haz unas tortas». Abrahán corrió enseguida a la vacada, escogió un ternero hermoso y se lo dio a un criado para que lo guisase de inmediato. Tomó también cuajada, leche y el ternero guisado y se lo sirvió. Mientras él estaba bajo el árbol, ellos comían.

Después le dijeron: «¿Dónde está Sara, tu mujer?». Contestó: «Aquí, en la tienda». Y uno añadió: «Cuando yo vuelva a verte, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo. Sara estaba escuchando detrás de la entrada de la tienda. Abrahán y Sara eran ancianos, de edad muy avanzada, y Sara ya no tenía sus períodos. Sara se rió para sus adentros, pensando: «Cuando ya estoy

agotada, ¿voy a tener placer, con un marido tan viejo?». Entonces el Señor dijo a Abrahán: «¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: "De verdad que voy a tener un hijo, yo tan vieja"? ¿Hay algo demasiado difícil para el Señor? Cuando vuelva a visitarte por esta época, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo»

Gén 18, 1-14

«Creo...

Con la fe de la Iglesia

En Jesucristo..., que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo... Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida.

Símbolo Niceno-Constantinopolitano

Procesión del Evangelio



Con los testigos de la Iglesia

Jesús nos ha atraído a las dos juntas, aunque por caminos diferentes. Juntas nos ha elevado sobre todas las cosas quebradizas de este mundo, cuya apariencia pasa. Él ha puesto, por así decirlo, todas las cosas bajo nuestros pies. Como Zaqueo, nos hemos subido a un árbol para ver a Jesús... Por eso, podemos decir con san Juan de la Cruz: «Todo es mío, todo es para mí; la tierra es mía, los cielos son míos, Dios es mío y la Madre de mi Dios es mía»... Celina, ¡qué gran misterio es nuestra grandeza en Jesús!... Escuchemos lo que él nos dice: «Bajad enseguida, porque hoy tengo que alojarme en vuestra casa»... Lo que Jesús desea es que lo recibamos en nuestros corazones. Estos, qué duda cabe, están ya vacíos de criaturas, pero yo siento que lamentablemente el mío no está totalmente vacío de mí misma, y por eso Jesús me manda bajar...

Santa Teresa del Niño Jesús. *Carta a su hermana Celina del 19 de octubre de 1892*

Ayer soñaba con princesas y caballeros. Hoy he encontrado algo mayor que todos mis sueños. El Amor ha despertado mi vida adormecida. He encontrado la Vida y camino hacia ella, combatiré a su lado y serviré a su nombre.

San Francisco de Asís. *El más bajo*. Christian Bobin

Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras, sea lo que sea, te doy las gracias. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal que tu voluntad se cumpla en mí, y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Padre. Te confío mi alma, te la doy con todo el amor de que soy capaz, porque te amo. Y necesito darme, ponerme en tus manos sin medida, con una infinita confianza, porque Tú eres mi Padre.

Charles de Foucauld. *Oración del abandono*

Con la liturgia de la Iglesia

Al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo. El cual se encarnó por obra del Espíritu Santo, nació de María, la Virgen, y así compartió en toda nuestra condición humana menos en el pecado; anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo.

Plegaria Eucarística IV, Misal romano

Para profundizar

- *Catecismo de la Iglesia Católica* = CEC 50-67; *Youcat* 1-19. *Cuaderno del catecúmeno* (modo de leer la Biblia).
- La vida de Carlos de Foucauld: www.carlosdefoucauld.org; Santa Teresa de Jesús: www.santateresadejesus.com; San Francisco de Asís: www.franciscanos.org.

Encuentro con Jesús el Cristo (1)

Él viene a nuestro encuentro

Encontrar a Dios no depende de nuestros méritos: seamos como seamos, es siempre él quien da los primeros pasos hacia nosotros

He leído en alguna parte: «¡Dios existe, yo lo he encontrado!» ¡A mí, esto me extraña! ¡Que Dios exista es una cuestión que no se plantea! Pero que alguien lo haya encontrado antes de mí, me sorprende, porque tuve el privilegio de encontrar a Dios, justo en el momento en el que dudaba de él. Ocurrió en un pueblecito perdido, en el que ya no había nadie. Al pasar por una antigua iglesia, movido por un extraño instinto, entré... Y allí fui deslumbrado por una luz intensa e insostenible ¡Era Dios... Dios en persona, Dios que rezaba! Entonces me dije: «¿Qué es lo que reza? ¿No se está rezando a sí mismo? ¿No es él? ¿No es Dios?» ¡Era Dios el que rezaba al hombre! Y decía: «¡Oh hombre, si existes, muéstrame una señal tuya». Y le dije: «¡Dios mío, aquí estoy!» Entonces me respondió: «¡Milagro, una aparición humana!» Y le dije: «¡Dios mío, ¿cómo puedes dudar de la existencia del hombre, si tú mismo lo has creado?» Él me contestó: «Sí, pero es que hace tanto tiempo que no he visto a nadie en mi iglesia, que me preguntaba si esto no sería una visión del espíritu.» Entonces yo le respondí: «¡Tú estás aquí, tranquilo Dios mío!» Él me dijo: «Sí, ahora voy a poder decir bien alto: "¡El hombre existe, yo lo he encontrado!"»

Raymond Devos

Temas para reír. Ed. Orbán, 1991.



Salmo 26

Tu rostro buscaré, Señor.
No me escondas tu rostro.
No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio; no me deseches,
no me abandones, Dios de mi salvación.
Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me recogerá.
Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana,
porque tengo enemigos.
No me entregues a la saña de mi adversario,
porque se levantan contra mí testigos falsos,
que respiran violencia.
Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.